

**“Malinches y Guadalupanas”: Representaciones sobre la figura maternal
entre los niños y niñas de la calle en la Ciudad de México**

*“Malinches y Guadalupanas”: Representations of the motherly figure among
the street children in Mexico City*

María Espinosa Spínola

TRABAJO SOCIAL GLOBAL 2013, 3 (4) , 75-94

A partir del trabajo de campo realizado con la infancia en situación de calle en México Distrito Federal, mi intención al escribir este artículo es reflexionar sobre las representaciones que tanto niños, como niñas tienen acerca de sus madres y cómo estas, están íntimamente relacionadas con la construcción de la sexualidad femenina en la cultura mexicana, donde existen dos arquetipos representativos de las mujeres, hablamos de la “Malinche” y la “Virgen de Guadalupe”. Símbolos con connotaciones morales diversas que han configurado los mandatos de género en la sociedad mexicana.

Un análisis desde la mirada feminista que pretende mostrar la relación existente entre la simbología de la sexualidad de las mujeres mexicanas, la figura maternal y las causas que intervienen en la decisión de niños y niñas a la hora de abandonar sus hogares. Una articulación necesaria a desentrañar si entendemos que la intervención en Trabajo Social conlleva comprender la realidad y la mirada de nuestros interlocutores.

Abstract

From the fieldwork with children in street situation carried out in Mexico DF, it is my aim in writing this article to reflect upon the representations that both boys and girls have of their mothers and how these are intimately related to the construction of female sexuality in Mexican culture, where there are two archetypes representative of women, i.e. "Malinche" and the "Virgen de Guadalupe". These are symbols with diverse moral connotations which have configured the gender commandments in Mexican society. An analysis from a feminine perspective that aims at showing the current relationship between the sexual symbology of Mexican women, the motherly figure and the causes intervening in the decisions made by children when it comes to leaving home. An articulation in need to be unraveled if we understand that intervention in Social Work leads to the understanding of reality and our interlocutors look.

PC.- Infancia de la calle, representaciones de género, figura maternal.

KW.- Street childhood, gender representations, motherly figure.

Contextualizando el trabajo de campo. La etnografía y el Trabajo Social.

Este artículo forma parte de la investigación realizada en México Distrito Federal con niños y niñas de la calle, trabajo que comenzó en el año 2001 al realizar una experiencia de cooperación internacional en una casa- hogar de niños adolescentes llamada “hogar sol”. En ella vivían quince chicos de edades comprendidas entre los doce y dieciocho años que habían decidido abandonar la calle, rehabilitarse en drogodependencias y formarse para posteriormente encontrar un trabajo. Continuó a lo largo de otros dos años en los que trabajé en una casa hogar llamada crepúsculo con niñas adolescentes que habían dejado la calle, y finalmente como educadora de calle en la zona poniente de la ciudad. Un proceso que culminó en el año 2010 con la lectura de mi tesis doctoral en antropología social “Mi banda, mi hogar” Resignificando la infancia a partir de los niños y niñas de la calle en la Ciudad de México.

La misma, una etnografía sobre la infancia en situación de calle, analiza dos grandes momentos en la vida de los niños y niñas que tuve la oportunidad de conocer, el primero, antes de salir de sus hogares y por consiguiente, que trataba de develar cómo eran sus familias de origen, el contexto socioeconómico del que provenían, las relaciones entre los miembros de la familia y las causas por las que decidieron abandonar sus hogares. El segundo momento, una vez en calle, tenía como finalidad conocer las experiencias vividas en ese contexto, estrategias para sobrevivir en una de las ciudades más violentas del mundo, Distrito Federal.

En este momento y puesto que la gran mayoría de niños y niñas habían vivido en bandas, me dispuse a analizarlas desde una perspectiva de género, centrándome en “la banda de la fuente” ubicada en la salida del metro observatorio, en la zona poniente de la ciudad, debido a que en mi última estancia de investigación, durante el trabajo que realizaba como educadora en calle, pude conocerla y establecer con sus miembros una relación de confianza.

Interesarme por las representaciones que los niños y niñas tenían acerca de sus madres fue resultado de mi acercamiento a los chicos y chicas. Es decir, el interés por este tema surgió durante el trabajo de campo realizado durante las tres estancias de investigación realizadas en México, ya que eran constantes las alusiones a sus madres calificándolas como "pyp", que en el argot de los niños y niñas de la calle significa "putas y pendejas". También, tras observar y escuchar cómo al referirse a ellas, lo hacían de una forma, en un principio, indiferente pero a medida que articulaban sus discursos, esa indiferencia se transformaba en resentimiento y odio, para terminar mezclándose con un sentimiento de admiración y devoción a la misma.

Escuchar los discursos que describían a sus madres ocasionó que incluyese este tema dentro de la etnografía realizada, en las treinta entrevistas realizadas. La finalidad, conocer mejor las causas de su salida a la calle, ya que a la pobreza, desestructura familiar y violencia intrafamiliar que con frecuencia caracterizaba a las familias de los niños y niñas entrevistados y que intervenían en su salida (Luchini 1999, David Fernández 1993, Quiera et al. 1997) se añadía, tal y como me expresaban los chicos y chicas en sus discursos, el abandono que sentían por parte de sus madres. Llegado a este punto, quería conocer y poder explicar por qué con frecuencia las culpaban de todos sus malestares y recaía sobre ellas la responsabilidad de tomar la decisión, salir a la calle.

Realizar una etnografía sobre los niños y niñas de la calle en la que analizar las representaciones sobre la figura maternal tenía como objetivo principal, por mi formación en antropología social y trabajo social, comprender a nuestros interlocutores, entender sus realidades, sentimientos y malestares. Todo con la finalidad de arrojar luz sobre un fenómeno que está en aumento, y ofrecer una herramienta a los y las profesionales que trabajan con estos niños y niñas para de esta forma, poder intervenir de la manera más acertada.

Y es que considero que existe una estrecha relación entre la etnografía y el trabajo social a pesar de que durante muchos años, las investigaciones en trabajo social utilizaron el método científico tradicional dentro del paradigma positivista que se apoyaba en la "objetividad" del investigador y en la obtención de resultados cuantificables de la realidad social. Situación que ha cambiado en la actualidad debido a que el trabajo social está incorporando otras metodologías que conllevan analizar la realidad desde paradigmas diferentes como pueden ser: el interpretativo y sociocrítico.

En este sentido, desde los métodos cualitativos y paradigmas anteriormente señalados, el enfoque etnográfico juega un papel relevante en este escenario al considerar, tal y como sostienen Gómez et al. (2005: 356) la relevancia fenomenológica del contexto, la función y el significado.

La etnografía puede ser definida como método de investigación que trata de describir y comprender la realidad de las personas que decidimos estudiar. Permite entender la perspectiva de los sujetos que se convierten en nuestros interlocutores mediante la observación de su cotidianidad. Está estrechamente relacionada, por tanto, con la manera en la que la gente otorga sentido a su cotidianidad. Aquí, sostienen Hammersley y Atkinson “el etnógrafo participa de la vida cotidiana de personas durante un tiempo, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas” (1994:15) o lo que es igual, recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella han decidido estudiar.

Estas características del método etnográfico son especialmente útiles y necesarias a la hora de realizar investigaciones en trabajo social pues esta disciplina, por sus procesos metodológicos se vincula directamente con la sociedad y sus problemas, con la gente y sus vidas (Gómez et al.). Es decir, para poder intervenir en las distintas realidades y en los diversos colectivos, emerge la necesidad de conocer sus valores, formas de entender el mundo, sentimientos y cultura.

En definitiva, considero de especial relevancia utilizar las herramientas cualitativas etnográficas de investigación en nuestra labor como investigadoras y profesionales del trabajo social para conocer, interpretar y comprender los fenómenos que viven y sienten las personas en su medio, en el caso que nos ocupa, de los niños y niñas que viven en la calle.

La hibridación de la sexualidad femenina desde las aportaciones feministas y los significados de la “madre”

Como se ha planteado al inicio de este trabajo, el mismo pretende desentrañar desde planteamientos feministas y a partir del estudio etnográfico realizado con niños y niñas de la calle, el significado de la figura maternal y por consiguiente, los significados culturales,

sociales e ideológicos existentes sobre lo que se considera es ser "mujeres" como equivalente a ser "madres".

Develar la simbología de su representación nos ayudará a comprender mucho mejor las decisiones que muchos niños y niñas toman cuando deciden abandonar sus hogares, así como los sentimientos de tristeza, soledad, amargura y odio que experimentan una vez en calle.

Las representaciones sociales, tal y como plantea Lamas (1998: 62) pueden ser entendidas como un *"conjunto de redes de imágenes y nociones que construyen nuestra manera de ver, captar y entender el mundo"*. Es decir, son un filtro a través del cual vemos la realidad y elementos que la conforman, y la dotamos de valor.

En este sentido, para entender las representaciones o imágenes que los chicos y chicas elaboraban sobre la figura maternal, los significados que otorgaban a sus madres, es necesario reflexionar y analizar la relación entre la construcción de lo masculino y lo femenino y los significados de la sexualidad. Significación binaria, hombre/mujer que contribuye a la esencialización de la masculinidad y feminidad produciéndose efectos en el pensamiento simbólico colectivo (Lamas, 1998:53). En el caso de México la construcción de la sexualidad¹ es el resultado del choque entre dos culturas, definiéndose esta confrontación en palabras de Amuchástegui como:

"Un encuentro cultural que ha dado a la sexualidad y a las premisas de género características especiales, provenientes de creencias, mitos y prácticas tanto europeas como indígenas, que se han combinado para formar ciertas configuraciones culturales, permaneciendo muchas de ellas hasta nuestros días. La cultura mexicana actual, la construcción de la sexualidad y los significados que le han sido atribuidos es por consiguiente, el resultado de sistemas morales, religiosos y seculares producidos en distintas culturas y momentos históricos" (Amuchástegui, 1996:138).

Esta hibridación de la sexualidad femenina aparece reflejada en las dos imágenes más representativas de las mujeres en México, hablamos de la Malinche y la Virgen de Guadalupe, símbolos que muestran la concepción de las mujeres en el imaginario colectivo. Modelos opuestos con connotaciones morales diversas que han configurado los mandatos de género.

Tal y como señala González (2002), la Malinche, Malintzin o Doña Marina fue la consejera, intérprete, informante y agente transculturador en el mundo indígena, además de amante de Cortés, se la concibe como propulsora del mestizaje. En la tradición popular mexicana se la relaciona con las figuras míticas de la Llorona y la Chingada, ambas representaciones con connotaciones negativas y en palabras de González (2002:155) “resultado de la mezcla de elementos indígenas y europeos que ponen de manifiesto el sincretismo cultural que ha producido el mito”.

Es un símbolo ambivalente ya que es considerada “madre” de los mexicanos y, a su vez, mujer traicionera, vendepatrias y ramera. Sin embargo, tal y como explica González (2002) en su obra “Doña Marina² (la Malinche) y la formación de la identidad mexicana”, existen muchas versiones sobre esta figura mítica, Horcasas y Butterworth (1990) las han resumido en tres modelos:

“La primera representaría a una mujer indígena bella, madre de un hijo ilegítimo que tras ser rechazada por su amante ahoga a su hijo en un río. A partir de este homicidio vaga durante la noche llorando su pena. En el segundo también se habla de una mujer bella que conquista a los hombres llevándolos a lugares peligrosos. La tercera y última imagen es el resultado de mezclar los modelos anteriores y por tanto, aparece como mujer indígena de gran belleza que después de ser abandonada por su amante ahoga al hijo que tienen entre ambos y por las noches vaga llorando su pena y busca hombres a los que causarles males” (Horcasas y Butterworth, 1990. Citado en González, 2002:155)

En relación con la maternidad, se la concibe como mala madre por abandonar a su hijo dejándolo al cuidado de la hermana de Cortés para poder estar al lado de este.

Por el contrario, la imagen de la Virgen de Guadalupe, virgen española que se convierte en indígena, representa con frecuencia a la mujer buena y pura, sustentora de la vida y protectora, la madre abnegada y sacrificada. El primer santuario que se levantó para venerar a esta virgen en México fue construido por los misioneros franciscanos en el mismo lugar en el que los aztecas rendían culto a la diosa Cihuacóatl, iniciándose a partir de ella el sincretismo prehispánico-cristiano (González, 2002:159).

Esta dualidad Malinche/Guadalupe y sus significados opuestos/complementarios quedan bien reflejados en palabras de esta autora:

"Desde su semejanza como mujeres y madres se articulan las oposiciones. Así, la Virgen de Guadalupe es la madre espiritual de los mexicanos, depositaria de virtudes y objeto de veneración, mientras que la Malinche es la madre física, engendradora de conflicto y receptora de hostilidades" (González, 2002: 161)

Dos arquetipos que ponen de manifiesto dos maneras de representar la sexualidad de las mujeres en el imaginario colectivo y, que a su vez, se determinan a partir de su relación con el varón. Hablamos, por tanto, y siguiendo a Amuchástegui (1996:155), por un lado, de mujeres que no son sujetos de deseo sexual excepto cuando hay una finalidad reproductiva, imagen que según esta autora, no expresa ninguna necesidad sexual ni erotismo. Siendo sus principales atributos la ternura, la pureza y la decencia, en ella la belleza se relaciona con la espiritualidad, el alma, la bondad. Son mujeres merecedoras del matrimonio y de la maternidad, función para la cual están destinadas las mujeres y sin la cual no se les reconoce el status de sujeto. Por otro lado, nos encontramos con otro tipo de mujeres que, por oposición a las anteriores, son aquellas cuya sexualidad no tiene fines reproductivos y, por tanto, no son consideradas como buenas mujeres, se las describe como mujeres eróticas, impuras, estando su belleza vinculada con la sensualidad corporal, no con la calidad espiritual ya que no la poseen.

Tal y como señala Espinosa (2012: 101) la primera forma de representar a las mujeres, las "buenas mujeres" establece la maternidad³ como una de sus funciones principales⁴. Una idea que está aún muy presente en la sociedad mexicana, simbología que interpreta, en palabras de González de la Rocha *"que la mujer como esposa y madre es el punto de partida y llegada al que debe aspirar toda mujer: ser nieta, esposa, madre abuela, son etapas en el ciclo de su vida que conducen a un destino encerrado en el "eterno femenino"* (1999:155).

Imaginario que en el contexto mexicano aparece reforzado mediante el "mito de la madre mexicana" cuyo culto se inició en 1922, donde se venera a un tipo de mujer muy particular, sin ningún control sobre su cuerpo ni sobre su vida ya que está consagrada a la vida de los otros, siendo la abnegación y el sacrificio los ejes principales sobre los que se articula su representación. En palabras de Thurer (1994: 194): *"la buena madre de la modernidad industrializada idolatrada por su esencia altruista de cuerpo para otros, su carácter hogareño, la "mártir maternal", enajenada de su propia sexualidad en nombre del instinto materno"*.

En este sentido, los significados de la “madre mexicana” quedan bien reflejados en la siguiente nota de prensa publicada en el periódico capitalino Excelsior el primer día de la madre en México, ya que en ella se exalta la importancia de la reproducción, al mismo tiempo que recoge con claridad los atributos que se considera debe poseer toda “buena madre” y que aún están presentes en el imaginario colectivo:

“El diez de mayo es el Día de las Madres, homenaje a las mujeres que han cumplido su santa misión llenas de sacrificios y dolores, con entereza, abnegación y ternura. Exprese usted toda su gratitud en este día a quien le dio el ser. Fragrantes flores y castos besos coronarán hoy las cabezas de las madres mexicanas” (Excelsior, 10 de mayo de 1922. En revista de ciencias sociales y humanidades: Iztapalapa, 1999:97).

Representando a las madres: el amor, el rechazo y el odio

A lo largo de la etnografía realizada sobre los niños y niñas de la calle, las madres y las representaciones sobre su figura aparecían como una de sus principales preocupaciones. Entiendo por maternidad, no sólo el proceso biológico que abarca el embarazo, parto y crianza de los hijos, sino también *“el conjunto de imágenes, significados y responsabilidades que las distintas sociedades adscriben a las mujeres por el hecho de ser madres”* (Espinosa, 2010:238)

Las relaciones materno-filiales, el conjunto de imágenes, prácticas y sentimientos que se depositan sobre las relaciones entre madres e hijos. Relaciones que como señala Del Valle (2002) aparecen marcadas por un amor que se presenta naturalizado al ser asociado al hecho de concebir y que conlleva generosidad sin límites, incondicionalidad, protección, sacrificio y abnegación.

Mi interés por abordar las representaciones en torno al ejercicio de ser “madres”, como he señalado en el primer apartado de este trabajo, surgió a partir de su constante presencia en el día a día de los niños y niñas de los hogares en los que colaboré y de aquellos y aquellas que vivían en la calle.

Sin embargo, considero que para entender sus percepciones es necesario contextualizar la situación de partida de los niños y niñas entrevistadas, descripción que no tiene la intención

de generalizar, sino mostrar algunas de las características que eran comunes en los hogares de un gran número de chicos y chicas.

Una constante en las familias de las que provenían era el abandono del hogar por parte del padre biológico, siendo las madres las que asumían el cuidado de los hijos (Espinosa, 2012:100).

Con frecuencia el abandono del hogar se producía por la unión del padre con otra mujer con la que, a su vez, procreaba más hijos. Esta situación, es decir, la imposibilidad de los hombres de mantener a todos sus hijos, solía evadir las responsabilidades que acompañaban la paternidad biológica. Tras el abandono, las mujeres habitualmente se unían a otros hombres pasando entonces de formar una familia monoparental, a constituir una "reconstituida" (Espinosa, 2012: 100).

Esta realidad era percibida y analizada minuciosamente por los niños y niñas, ellos mantenían una visión sobre las relaciones de sus genitores y encontraban una serie de explicaciones sobre las decisiones que llevaban a sus padres y madres a mantener las uniones o a romper los vínculos.

Para los niños y niñas, las diversas uniones de sus mamás no respondían a sus necesidades como madres y esposas, es decir, el deseo del "deber ser" no se correspondía con la realidad ya que aunque muchas mujeres intentaban sustituir al padre biológico, "buscaban un apoyo económico, emocional y reconocimiento social, en esa nueva unión, con frecuencia ellos no respondían a tales "deseos", no asumían su rol de proveedor, padre y esposo" (Espinosa, 2012: 100).

Eran conscientes de que la nueva relación era más una creencia, una atribución social de orden simbólico, que una realidad. Y digo esto también porque en sus discursos continuamente se lamentaban de que en sus hogares eran exclusivamente las madres las que se preocupaban por obtener los recursos económicos, que los padres o padrastros eran infieles y que además, con frecuencia las relaciones entre los padrastros y los hijastros o hijastras estaban marcadas por los conflictos, con lo cual el deseo de que la nueva pareja sustituyese al padre de los chicos, en el sentido de ser una figura de referencia o modelo para ellos, tampoco se hacía realidad.

En relación a esta forma de interpretar la situación en la que se encontraban sus madres, María una de las niñas del hogar que en el momento de la entrevista tenía dieciocho años,

me explicaba los motivos por los que las mujeres tras ser abandonadas, buscaban otros hombres.

“Mira, hay muchas mujeres que tienen un hombre, se va, date cuenta, tenían su pareja, las abandona pero se buscan otro, tienen hijos, se va, se buscan otro, tienen hijos. Hijos, hijos, hijos, hijos de ninguno en realidad porque tienen papás distintos. Pero ya no es por eso porque... pues la mujer así... o sea dicen que es porque no tienen dinero ¿no? otras que porque quieren tener una pareja, un papá para sus hijos y pues también ¿no? y además todos quieren tener en realidad una pareja ¿no? luego no resulta o no escogen bien con quién porque se buscan a hombres que están bien pedos, bien borrachos. Pero también es por eso, que socialmente pesa mucho ver una mujer, madre soltera, sola. La mujer si no tiene una pareja pues no vale ¿no? pues nadie le ve nada. No te dicen eso, pero...es así”

Esta situación estaba tan presente en el imaginario de los chicos y chicas que muchos de ellos al nombrar a sus madres y a las mujeres utilizaban la palabra “pyp” y me explico. Una cuestión que me sorprendió fue escuchar las constantes alusiones que hacían los chicos del hogar “sol” de las madres calificándolas como “pyp” que significa “putas y pendejas”. Después de conocer el significado de esta palabra, los niños me explicaron el porqué de tales ideas.

Las distintas respuestas que me dieron ponían de manifiesto la creencia de que sus madres eran unas “putas” porque mantenían relaciones sentimentales y/o sexuales con distintos hombres, una vez finalizada la unión con el padre biológico y unas “pendejas” porque a pesar de buscar nuevas parejas que fuesen un referente para sus hijos e hijas, y les ayudaran económicamente, finalmente eran ellas principalmente las encargadas del trabajo productivo, las únicas de ocuparse del reproductivo y porque además, en ocasiones, eran maltratadas por sus compañeros. Así me lo contaba Josué, un chico adolescente que vivían en la calle una tarde que salimos del hogar “sol” a dar un paseo, tras preguntarle el significado de “pyp”.

“Mira, María, aquí las mujeres, bueno casi todas las mujeres son bien culeras, unas putas porque andan con unos y con otros, y unas pendejas porque al final eligen a hombres bien pedos que se aprovechan de ellas”

Considerar a sus madres “pyp”, calificarlas como “putas” por establecer esas nuevas relaciones, pone de manifiesto las representaciones de los niños en relación a la sexualidad

de las mujeres, sexualidad entendida como "conjunto de ideas, discursos y significados que se construyen en relación a las prácticas y comportamientos sexuales de hombres y mujeres" (Sazsz, 1998:11).

El amor y el rechazo

Estas percepciones muestran que en el imaginario de los niños y niñas existían dos formas de concebir a las mujeres, por un lado se encontraban las "buenas mujeres" y "buenas madres" que eran aquellas que para ellos y ellas, respondían a atributos tales como: la bondad, el sacrificio, la dedicación, la abnegación y la ternura, aquí la función principal de las mujeres es la maternidad. Una forma de representarlas que refleja el modelo de "buena madre" establecido por el pensamiento simbólico colectivo y que en la sociedad mexicana se atribuye, con frecuencia, a la Virgen de Guadalupe.

Guadalupe, una niña adolescente del hogar "Crepúsculo" en la entrevista me contaba que un día fue a vender tamales al D.F. con unos vecinos del pueblo en el que vivía con su tía, para buscar a su mamá. Después de un largo período y tras seguir la información de la gente del pueblo que trabajaba en la ciudad, encontró a su madre. Guadalupe me decía que encontrarla fue *"lo más bonito que le había sucedido nunca"*. Sin embargo, me explicaba que el reencuentro no fue como esperada y que las características que le atribuía a toda "buena madre" no se correspondían con su realidad. Por este motivo, le pregunté en la entrevista cómo le hubiese gustado que fuese su mamá, a lo que ella me contestó lo siguiente:

"A mí me hubiera gustado que mi madre hubiera sido muy cariñosa conmigo, ahí de jay niñita, mira lo que te compre! Y que me diese mucho cariño y que me protegiera mucho, que no me pegara, que no me gritara, bueno...hay veces que sí siento que me merezco unas cuantas chingadas, pero... a mí me hubiera gustado tener una madre comprensiva, buena y tierna y honesta y honrada y con... ser valiente y que me defendiera a capa y espada"

En el lado opuesto, se encontraban otro tipo de mujeres cuya sexualidad no tenía fines reproductivos y que, por tanto, eran consideradas como "Malinches", o lo que es igual, aparecían imaginadas como "malas mujeres" y "malas madres" (Amuchástegui, 1996). Esta manera de representar a las mujeres obedecía a que con frecuencia los chicos no veían con

buenos ojos que tras el abandono del padre biológico, sus mamás mantuviesen relaciones con otros hombres, fundamentalmente pasajeras o a corto plazo. Sonia, una chica adolescente del hogar “crepúsculo”, así me lo explicaba cuando le pregunté en la entrevista lo que pensaba sobre las distintas uniones de su madre.

“Para mí está mal que mi mamá estuviera con tantos hombres porque ella nos aconsejaba que estuviéramos nada más con uno porque si no, ya eras una cualquiera. Pero está mal porque ella lo hacía y se supone que tiene que ser un ejemplo para nosotros”

Cuando esto sucedía, los niños y niñas descalificaban a sus madres. Sonia, por ejemplo y siempre que hablaba de su madre, la sancionaba por las distintas relaciones que mantuvo durante el tiempo que estuvo viviendo con ella. Me explicaba asimismo en su discurso, el rechazo social que conllevaba para las mujeres vivir su sexualidad libremente.

“Ya de grande fui a ver a mi mamá y nadie la quiere. Ni su hermano la quiere, me imagino que alguno que otro le hablará porque a la pobre gente hay que echarle una mano y eso le pasa por haber sido como fue, una “prosti”, una “puta” (se ríe)”

Sin embargo, en ocasiones, aquello que descalificaban eran los continuos cambios de pareja de sus madres, valorando de esta manera la fidelidad de las mujeres y censurando, negándoles el deseo y la diversidad de experiencias. Sonia en la entrevista describía su ideal de madre como aquella que se encargaba del cuidado de los hijos y que era fiel a un solo hombre. Así lo expresaba en la entrevista:

“Me hubiera gustado que mi mamá hubiera sido dedicada a sus hijos, que hubiera buscado oportunidades, que hubiera movido cielo, tierra y mar para quedarse con un solo hombre y podernos sacar adelante. Si hubiera hecho eso, a lo mejor ahora tendría una casa propia y también hijos que la cuidaran cuando ella no pudiera”

El odio

Los distintos discursos analizados, así como los que a continuación mostraré ponen de manifiesto que, con frecuencia los chicos y chicas de la calle no sólo no llegaban a aceptar las diversas uniones de sus madres, sino que además, con frecuencia las sentían como un

abandono al interpretar que esa relación significaba preferir a sus padrastros. Cuando esto sucedía, sus sentimientos de "amor hacia ellas" se transformaban con frecuencia en odio, llegando incluso a culparlas por esto de su situación de calle. Así lo narraban varios niños y niñas.

Luisa, por ejemplo, describía en la entrevista los sentimientos que experimentó al conocer la nueva relación de su madre y lo que para ella implicaba *"pensaba que me había quitado a mi mamá"*. Una elección (según los chicos y chicas) que era vivida habitualmente como abandono y soledad estremecedora, una pérdida por la que, como me explicaba Luisa con sus propias palabras, *"no merecía la pena seguir viviendo"*.

"Cuando supe que mi mamá estaba con otro hombre me dieron muchos celos porque pensaba que me había quitado a mi mamá y era la cosa más bonita que tenía y cuando te das cuenta que estás sola, la vida te vale madres⁵, cuando te das cuenta que no tienes a nadie que de verdad te quiera, la neta que la vida te vale madres. Llega un momento de tu vida en la que dices para qué me baño o para qué me peino o para qué, como si... la neta, a nadie le importo o sea, que llegas al extremo de decir: mejor me voy muriendo poco a poco porque mi vida no vale nada y te vas despreciando como persona".

Asgar, un chico de la casa hogar en la que realicé la primera estancia de investigación, en la entrevista describía el sentimiento de amor y odio que experimentaba hacia su madre, *"Yo no quería a mi mamá. Bueno, al principio cuando me salí de casa la quería, la soñaba"*, al mismo tiempo que muestra la necesidad de hacerla sufrir porque depositaba en ella la responsabilidad de todos sus malestares.

"Yo no quería a mi mamá. Bueno, al principio cuando me salí de casa la quería, la soñaba pero cuando me acordaba de los sufrimientos que pasé se me fue olvidando el cariño que le tenía a mi madre. La culpaba de lo que pasaba en casa y de los problemas que empecé a tener en la calle. Empecé a hacerme fuerte y cruel, y empecé perder el cariño. La veía como una persona extraña. Cuando la veía por la calle me gustaba hacerla sufrir, me gustaba que me estuviera persiguiendo y que me dijera: hijo ven, ven Asgarito, quiero estar contigo. Sentía un placer tremendo verla desesperada y pensaba: bueno... a mí me tocó sufrir lo que tú me hiciste sufrir. Ella me hizo sufrir porque no me hacía caso, porque prefirió a mi padrastro y porque yo sentía que no me quería. Por eso yo decía bueno, si ella me dejó, ya no la voy a sentir como si fuera mi mamá".

Por último, Cristóbal, uno de los chicos que vivía en calle, miembro de “la banda de la fuente” en mi última estancia, me expresaba el estigma aún más acentuado de aquellas mujeres que abandonaban la unidad familiar, dejando a casi todos los hijos al cuidado del papá. Cristóbal reprochaba con intensidad este comportamiento y responsabilizaba a su madre, por este motivo, de vivir en la calle: *“Le dije, sabes, la neta, si no la hubieras regado ahí con separarte de mi jefe, le digo, la neta, pues no me hubiera ido, a lo mejor ni conociera México⁶”*.

“Ahora también cuando fui le reclamé a mi jefa. Le dije: ¿sabes qué? la neta⁷, te tengo rencor todavía. Y, sí! (exclama) sí le dije sus verdades a mi mamá, le dije que le tenía rencor a ella. Le dije, sabes, la neta, si no la hubieras regado⁸ ahí con separarte de mi jefe, le digo, la neta, pues no me hubiera ido, a lo mejor ni conociera México. Estuviera ahí con ellos, contento, felices y a lo mejor si tuviera hasta mi terreno y hasta fuera casado o juntado (lo dice en tono melancólico). Allí, ya desde los catorce años se junta las personas o hacen que se casen. Y yo todo esto se lo reclamé a mi mamá y hasta estuvo llorando y me dijo: ¡no hijo...! Yo le dije, nada más por su culpa jefa, la neta, hasta dónde fui a conocer la droga más fuerte allí en México. Le digo pues ¡juta! ando tirado en eso y hasta estuve en la cárcel y se me puso a llorar más mi jefa. Y hasta le dije, no más si usted nunca se hubiera separado de mi jefe, estuviéramos todos juntos, le digo, no? con usted, con mi papá y con mis hermanos. Estuviéramos juntos y cada quien fuéramos felices pero ahorita así regado como que no. El único así que anda de mal hijo soy yo, soy el único que anda en la calle”.

Este odio que experimentaban hacia sus madres y que señalaban como la causa que los llevó a tomar la decisión de abandonar sus hogares, en algunos casos, cobraba fuerza debido a las expectativas que depositaban en las relaciones materno-filiales y los cuidados que para ellos conllevaba el amor materno. En relación al amor idealizado que se le atribuye a las relaciones materno-filiales, Del Valle sostiene lo siguiente:

“Abarca generosidad sin límites, apoyo sin condiciones, nos encontramos con la ideología del amor maternal que puede definirse así porque sus bases se enraízan en la naturaleza. El amor maternal es connatural al hecho de concebir y parir” (Del Valle, 2002: 145).

Los niños, a partir de estas representaciones, culpaban a sus madres de su situación porque interpretaban que no respondían a las creencias y percepciones que le atribuían a toda "buena madre" y por consiguiente, a sus expectativas materno-filiales. De esta manera, tal y como señala Del Valle (2002: 135) *"si el punto de partida era el amor, el odio que los niños y niñas sentían hacia sus madres puede entenderse, tal y como señala Del Valle, como un sentimiento producto de la transformación, como alteración del amor"*.

Ricardo, uno de los chicos del hogar "sol", expresaba en la entrevista que esto sucedía cuando su madre no le ofrecía el cariño y atención que le correspondía como hijo. Así me lo contaba en la entrevista tras preguntarle los motivos que lo llevaron a tomar la decisión de salir a la calle.

"Yo me salí porque no encontraba el afecto, no encontraba el amor, el cariño de un padre, de una madre dentro de mi casa, y yo por eso me salí. Antes yo decía... no que, a todos los chavillos de la calle que casi le preguntas ahora o anteriormente en la calle, les preguntabas ¿por qué te habías salido? y te decían: no es que mi mamá me pegaba, mi papá me maltrataba, me hacían esto, me hacían el otro. Y eso es lo que yo decía y ahora te puedo decir que no es cierto, que no es cierto. Fíjate, que alguno, la mayoría se sale por falta de cariño, por falta de cariño de sus papas, con lo mismo de que son pobres se van a trabajar sus papás y sus mamás no tienen el tiempo para decirte ¿cómo estás hijo? ¿cómo te fue en la escuela? Este... a ver pásame tus libretas para ver cómo estás" o algo así por el estilo. Yo me salí por la falta de un afecto de una mamá, de un papá, que me quisiera, que me alentara. Porque tenían cosas que hacer. Más bien, por falta de cariño de mi mamá, porque el otro pendejo, yo no sé que onda"

Reflexiones Finales

A partir del análisis de los discursos de los niños y niñas en situación de calle en la Ciudad de México y desde mi acercamiento desde dentro, quiero poner de manifiesto que las representaciones que los menores tienen acerca de sus madres están íntimamente relacionadas con las formas en las que ha sido construida la sexualidad femenina y la maternidad en el imaginario colectivo de la cultura mexicana.

Esas dos maneras de conceptualizar a las mujeres de forma opuesta, está estrechamente ligada con la división existente de las mujeres en “buenas” y “malas”, “madres” y “putas” (Lagarde: 1996) apareciendo dichas percepciones reflejadas en las dos figuras más representativas de las mujeres en México, la Malinche y la Virgen de Guadalupe.

Símbolos que ponen de manifiesto la concepción de las mujeres en el imaginario colectivo que ha sido transmitida mediante reproducción social. Dos imágenes contrapuestas, Malinche-Guadalupe que, en el caso de los niños y niñas de la calle, muestran lo que piensan de sus madres y cómo les hubiese gustado que fueran. O lo que es igual, por qué calificaban a sus madres de “traicioneras”, Malinches, anhelando la madre pura, sacrificada y cuidadora, Guadalupana.

Realidad que nos habla, a su vez, de la reproducción de la ideología patriarcal y de cómo esta ha sido interiorizada por los niños y niñas de la calle. Una ambivalencia sobre la figura maternal que ha sido transmitida a partir de una socialización generizada y que en el caso de los niños y niñas de la calle, tiene el poder de responsabilizar a sus madres de su salida a la calle.

Es decir, como se ha podido observar en este trabajo, a la interseccionalidad existente entre pobreza, violencia intrafamiliar y desestructura familiar, y que con frecuencia caracteriza a las familias de las que provienen los niños y niñas, se une el peso de las representaciones que emanan de la simbología que conlleva ser “madres”. De tal manera que, no responder a los mandatos de género vigentes en la sociedad mexicana interviene, tanto en su decisión de huida, como en los sentimientos de soledad que experimentan una vez en calle.

Referencias Bibliográficas

Amuchástegui, Ana (1996). *El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación*. En Ivonne, Szaz, Ivonne y Susana, Lerner (comps.), Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad (pp. 137-198). México: COLMEX.

Beauvoir, Simone (1999). *El segundo sexo*. Madrid: Feminismos.

- Blanco, Ana Isabel; Doménech Blanca; López, Sofía y Marcos, Rosario (comps.). (2002). *Nuevas visiones de la maternidad*. León: Universidad de León.
- Cid, Rosa María (2002). *Las teorías feministas y la maternidad*. En Ana Isabel Blanco, Blanca Doménech, Sofía López, y Rosario, Marcos (coorps.), *Nuevas visiones de la maternidad*. (pp. 11-49). León. Universidad de León.
- Chodorow, Nancy (1984). *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y la paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa.
- Del Valle, Teresa (2002). *El juego de la memoria en la ritualización del odio*. En Castilla del Pino (comps.), *El Odio* (pp. 131-147). Barcelona: Tusquets.
- Espinosa, María (2012). Discursos, narrativas y percepciones entre los niños y las niñas de la calle en torno a su huida. *Desacatos*, 40, 97-110.
- Espinosa, María (2010). "Mi banda, mi hogar": Resignificando la infancia a partir de los niños y niñas de la calle en la Ciudad de México. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Granada. Departamento de Antropología Social y Cultural.
- Glanntz, Margo (2001). *La Malinche, sus padres y sus hijos*. México: Taurus.
- González, Cristina (2002). *Doña Marina (la Malinche) y la formación de la identidad mexicana*. Madrid: Encuentro.
- Gómez, Irely ; Rodríguez, Luís y Alarcón, Luís (2005). Método Etnográfico y Trabajo Social: Algunos aportes para las áreas de investigación e intervención social, *Fermentum*, 44, 353-366.
- González de la Rocha, Mercedes (Coords.). (1999). *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: Plaza y Valdés.
- Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*, Barcelona: Paidós.
- Lagarde, Marcela (1996). *Género y feminismo*. Madrid: Horas y Horas.

- Lamas, Marta (1998). *Sexualidad y Género: La voluntad del saber feminista*. En Ivonne, Szaz y Susana, Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. (pp. 49- 67). México: COLMEX.
- Lamas, Marta (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México. PUEG.
- Lucchini, Ricardo (1999). *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad y droga*. Barcelona: Libros de la frontera.
- Maier, Elizabeth (1999). El mito de la madre. *Iztapalapa*, 45, 79-106.
- Miralles, Juan (2004). *La Malinche. Raíz de México*. México: TusQuets.
- Quiera, Casa Alianza y Thais (1997). *Las familias de los niños y niñas de la calle*. México: Quiera.
- Rich, Adrienne (1996). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra.
- Szaz, Ivonne y Lerner, Susana (comps.). (1998). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: COLMEX.
- Tubert, Silvia (1998). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- Vegetti, Silvia (1993). *El niño y la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*. Madrid: Feminismos.

María Espinosa Spínola es Doctora en Antropología Social y Cultural por la Universidad de Granada. Realizó su trabajo de campo antropológico en México D.F. con una Beca de la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México. Es Profesora del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad de Granada. Miembro del grupo de investigación SEJ430 OTRAS. Perspectivas Feministas en Investigación Social.

Dirección postal: Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales. Calle Rector López Argüeta, s/n, 18071, Granada, Spain.
mspinol@ugr.es

¹ Para una revisión de dicha categoría, ver, Amuchástegui (1996), Butler (1996), castañeda (1997), Figueroa y Rivera (1997), Lamas (1996) y Szasz y Lerner (1998).

² Para una revisión de la figura de la Malinche consultar, González (2002), Miralles (2004) y Glantz (2001)

³ Blanco et al. (2002) y Lamas (1996) en sus respectivos textos realizan un análisis muy interesante a dicha categoría.

⁴ Sin embargo, la función reproductora de las mujeres que aparece como principal y exclusiva en la sociedad, ha sido muy cuestionada por autoras como Simone de Beauvoir (1999), Chodorow (1984), Rich (1996) y Vegetti (1993).

⁵ No te importa.

⁶ Se refiere a la capital, Distrito Federal.

⁷ La verdad.

⁸ Hacerlo mal.

